

ma y no era más que el calor de la mía. Una tarde la hallaste sola en el jardín y echó a correr para que no la vieras. —Me huye, porque sabe mi cariño—dijiste para tus adentros.—¡Pobre loco! Te esquivaba para ocultar la carta que yo le escribí y que ella leerá con los labios. Y esas miradas húmedas de amor que clavaba en tu rostro algunas noches iban dirigidas a mí. Hasta al acariciar la cabecita de tu hija pensaba en los niños que tendríamos, y por lo tanto, en mí también. Cuantos recuerdos tienes son robados. Devuélveme tus joyas una a una.»

Y cada vez se iba quedando más pobre y más desnudo. Hasta que al fin sus piernas flaquearon y cayó desfallecido en el suelo.

Juan no murió de pena porque la muerte no se apiada nunca de los infelices. En la noche de aquel terrible día llegó Carlos a la hacienda; Juan no quiso bajar al comedor, pero desde su pieza, sentado a la cabecera de la cama en donde dormía su hija convalesciente, escuchaba el ruido de los platos y las alegres risas de los comensales. ¿Cómo sería Carlos? La curiosidad impulsaba a Juan a salir calladito e ir a espiar por el agujero de la llave. Pero la repugnancia que el novio de Enriqueta le inspiraba y el caimiento de su ánimo, lo detuvieron. A poco rato cesó el ruido, Juan oyó los pasos del recién llegado que atravesaba el patio tarareando una mazurca; la conversación de los criados que limpiaban la vajilla en la cocina y

luego..... pisadas de mujer que se acercaban. Entonces recordó. Enriqueta tenía costumbre de ir todas las noches y antes de acostarse a ver a su enfermita y curarla bien. ¡Iba a entrar a la alcoba! Juan no tuvo tiempo más que para ocultar la cabeza entre sus brazos, tendido en la cama y fingir que dormía. ¿Para qué verla? Sobre todo, el llanto puede sofocarse mientras no se habla; pero las palabras abren, al salir, la cárcel de las lágrimas, y éstas se escapan.

Enriqueta entró de puntillas, y, viendo a Juan con extrañeza titubeó algunos momentos antes de acercarse a la cama. Por fin se aproximó. Con mucho tiento y procurando hacer el menor ruido posible, cubrió bien a la niña con sus colchas. Después se inclinó para besar en las mejillas y en la frente a su enfermita. Juan oyó el ruido de los besos y sintió la punta de los senos de Enriqueta rozando uno de sus brazos. Tenía los ojos apretadamente cerrados y se mordía los labios. Cuando el ruido de las pisadas de Enriqueta se fué perdiendo poco a poco en el sonoro pasadizo, Juan se soltó a llorar.

VII

¿Para qué referir uno a uno sus padecimientos? Tres meses después de aquella noche horrible, Enriqueta se casaba en la Capilla de la hacienda. Y—¡cosa extraña!—Juan, que no había tocado el

órgano en mucho tiempo, iba a tocarlo durante la ceremonia religiosa. La víspera de aquel día solemne, Don Pedro dijo al infortunado preceptor:

—Mañana, amigo mío, es día de fiesta para la familia. Carlos es buen muchacho y hará la felicidad de Enriqueta. A no ser por esta consideración, le aseguro a usted que estaríamos muy tristes..... Ya usted lo ve..... ¡Enriqueta es la alegría de la casa y se nos va! Pero hay que renunciar al egoísmo y ver por la ventura de los nuestros. Estas separaciones son necesarias en la vida. Yo quiero que la boda sea solemne. Verá usted amigo mío, verá usted qué canastilla de boda le ha preparado a la muchacha su mamá. Ya pierdo la cabeza y me aturdo con tantos preparativos. Casamos a Enriqueta en la Capilla, para ahorrarnos los compromisos que habríamos tenido en México; pero fué necesario, sin embargo, invitar a los parientes más cercanos y a los amigos íntimos. Y ya habrá usted notado el barullo de la casa. No hay un rincón vacío. Pero a todo ésto, olvidaba decir a usted lo más urgente. Quiero, amigo Don Juan, que mañana nos toque usted el órgano. Ya sé que hace usted maravillas. El órgano de la Capilla es malejo; pero he mandado que lo afinen. Con que ¿puedo confiar en su bondad?

Juan aceptó. Había pensado no pasar el día en la casa; irse con cualquier pretexto al pueblo, al monte, a un lugar en que estuviera solo. Pero fué necesario que apurase el cáliz. ¡Convenido!

Iba a tocar el órgano en el matrimonio de su amada. ¡Qué amarga ironía!

Pasó la víspera encerrado en su cuarto. ¡Qué día aquél! Al pasar por una de las salas, para ir al escritorio de Don Pedro, que le mandó llamar, Juan vió sobre la mesa la canastilla de boda de Enriqueta. Casualmente la mamá estaba cerca y quiso enseñar a Juan los primores que guardaba aquella delicada cesta de filigrana. Y Juan vió todo: los pañuelos de finísima batista, el collar de perlas, los encajes de Bruselas, las camisas transparentes y bordadas, que parecían tejidas por los ángeles.

Por fin amaneció el día de la boda; Juan, que no había podido pegar los ojos en toda la noche, fué a la Capilla, aún oscura y silenciosa. Ayudó a encender los cirios y a arreglar las bancas. Después, concluida la tarea, subió al coro; Rosita le acompañó. La pobre niña estaba triste. Enriqueta la había olvidado por un novio y por los preparativos de su matrimonio. Además, con esa perspicacia de las niñas que han sufrido, Rosita adivinaba que su padre sufría.

Desde el coro podía mirarse la Capilla de un extremo a otro. Poco a poco se fué llenando de invitados. Por la ventana que daba al patio, se veía la doble hilera de los peones de la hacienda formadas en compactos batallones. A las siete, los novios acompañados de los padrinos, entraron a la Capilla. ¡Qué hermosa estaba Enriqueta! Pa-

recía un ángel vestido de sus propias alas. Se arrodillaron en las gradas del altar; salió el señor cura de la sacristía precedido de la dorada cruz y los ciriales, llenó el presbiterio la aromática nube del incienso y comenzó la ceremonia. Juan tocó primero una marcha de triunfo. Habríase dicho que las notas salían de los angostos tubos del órgano, a caballo, tocando las trompetas y moviendo cadenciosamente las banderas. Era una armonía solemne, casi guerrera, un arco de triunfo hecho con sonidos, bajo el cual pasaban los arrogantes desposados. De cuando en cuando, una melodía tímida y quejumbrosa se deslizaba como un hilo negro en aquella tela de notas áureas. Parecía la voz de un esclavo, unido al carro del vencedor. En esa melodía fugitiva y doliente se revelaba la aflicción de Juan, semejante a un enorme depósito de agua del que sólo se escapa un tenue chorro. Después las ondas armoniosas se encesparon, como el bíblico lago de Tiberiades. El tema principal saltaba en la superficie temblorosa, como la barca de los pescadores sacudida por el oleaje. A veces una ola lo cubría y durante breves instantes quedaba sepultado e invisible. Pero luego, venciendo la tormenta, aparecía de nuevo airoso, joven y gallardo, como un guerrero que penetra, espada en mano, por entre los escuadrones enemigos, y sale chorreando sangre, pero vivo.

Aquel extraño acompañamiento era una impro-

visación. Juan tocaba traduciendo sus dolores; era el único autor de esa armonía semejante a una fuga de espíritus en pena, encarcelados antes en los tubos. Al salir disparados con violencia por los cañones de metal, las notas se retorcián y se quejaban. En ese instante, el sacerdote de cabello cano unía las manos blancas de los novios.

Después la tempestad se serenó. Cristo aparecía de pie sobre las olas del furioso lago, cuyas movibles ondas se aquietaron. Una tristeza inmensa, una melancolía infinita sucedió a la tormenta. Y entonces la melodía se fué suavizando: era un mar, pero un mar tranquilo, un mar de lágrimas. Sobre esa tersa superficie, flotaba el alma dolorida de Juan. El pobre músico pensaba en sus ilusiones muertas, en sus locos sueños, y lloraba muy quedo, como el niño que, temeroso de que lo reprendan, oculta su cabecita en un rincón. En la ternura melódica se unían los sollozos, las cánciones monótonas de los esclavos y el tristísimo son del «alabado». Veía con la imaginación a Enriqueta, tal como estaba la primera noche que él pasó en la hacienda, allí, en esa misma Capilla, hoy tan resplandeciente y adornada. La veía rezando el rosario, envuelta por un rebozo azul oscuro. Bien se acordaba: cuando todos salieron paso a paso, Enriqueta, que era la última en levantarse, se acercó al cuadro de la Virgen de la Luz, colgado en uno de los muros y tocó

con sus labios las sonrosadas plantas de la imagen. ¡Cuánto la había querido el pobre Juan! ¡Se acabó! ¿A qué vivir? Allí está la lujosa y elegante al lado de su novio que sonreía de felicidad. Y cada vez la melodía era más triste. En el momento de la elevación, las campanas sonaron y se oyó el gorjear de muchos pájaros asomados en las ojivas. Era el paje a quien obligan a cantar y que resuelto, tira el laúd, diciendo: «¡ya no quiero!» Mas, a poco, la música azotada por la mano colérica del ámo, volvió a sonar más melancólica que antes. Hasta que al fin, cuando la misa concluía, las notas conjuradas y rabiosas, estallaron de nuevo en una inmensa explosión de cólera. Y en medio de esa confusión, en el tumulto de aquel escape de armonías mutiladas y notas heridas, se oyó un grito. El aire continuó vibrando por breves momentos. Parecía un gigante que refunfuñaba. Y luego, el coro quedó silencioso, mudo el órgano, y en vez de melodías o himnos triunfales, se oyeron los sollozos de una niña.

Era Rosita que lloraba sin consuelo abrazada al cadáver de su padre.

HUMORADA DOMINICAL.

Julio 10 de 1887.

CASI cuantas noticias llegan del interior de la República se refieren a inundaciones y estragos causados por el exceso de las lluvias. La niña que oye el ruido de la lluvia, mientras borda unas pantuflas para el padre; el pensador que escribe en el silencio de su gabinete; el trasnochado paseante a quien la lluvia empapa hasta los huesos, piensan a veces en las pobres víctimas a quienes ha dejado sin casa y sin hogar la ira desapiadada de las nubes.

¿Qué es una tromba? El abismo de arriba que nos sorbe; el vampiro negro que muerde la nuca de una aldea y chupa hasta la postrera gota de su sangre. Aquí, en las calles, en los sitios públicos, en las casas tan sólidas y firmes, la tromba inspira poco o ningún miedo. Las nubes son para nosotros la cortina de sol que pone el cielo para templar la atmósfera del mundo. En ocasiones

nos enfadan y molestan, y suelen hacernos travesuras de mal género; rociarnos la cara con sus jeringas invisibles; escupirnos, como esos charlatanes que al hablar se aproximan a nosotros y nos mojan el rostro de saliva; sobre todo, las nubes nos obligan a comprar paraguas y, lo que es peor todavía, a salir con él. Pero, en resumen, las nubes son atentas, serviciales; las maldecimos cuando impiden un paseo, cuando interrumpen una visita, cuando nos manchan un sombrero nuevo; mas no tenemos frases elocuentes para alabar la prontitud y eficacia con que suavizan la temperatura, riegan las calles y ahogan las calenturas perniciosas. La prueba es que cuando la estación de lluvias se retarda, todos vemos con odio el azul transparente de los cielos, parecido en lo claro y brillante a la pupila de una mujer sin corazón. Queremos que las lágrimas lo empañen, y desde la enhiesta espiga que el sol quema, hasta la niña rubia que se muere de calor, cuanto vive en la naturaleza es una inmensa inspiración al agua. Para sentir el hondo miedo que producen las nubes, es necesario haberlas contemplado desde el puente de un barco o desde el campanario de una aldea acurrucada al pie de la montaña. Recuerdo haber oído de los labios vulgares de un labriego el relato de una terrible inundación.

La mañana de aquel terrible día—contaba con acento dolorido—fué húmeda y brumosa. A lo lejos se oía el resuello colosal del río. Desde las

ocho comenzó a llover: una lluvia que parecía brincar en los tejados como si fuera de cabezas de alfiler, nos tenía confinados en la casa. Yo vivía en el molino con mi esposa, mi padre y mis dos hijos. Mi padre, enfermo y en edad muy avanzada, no podía trabajar, y apenas, en los días de primavera, daba unos pasos en el campo. Lo demás del año lo pasaba tendido en un sitial que por las tardes acercaba a la ventana. Por fortuna, yo estaba fuerte aún, sano, robusto, y a fuerza de trabajar en el molino que tenía en arrendamiento, ganaba lo bastante para el sustento y vestido de los míos. El primogénito comenzaba a ayudarme en el trabajo, como que tenía ya más de doce años. María, la pequeñuela, con ser tan chica como era, servía de mucho a la mamá en las haciendas y faenas de la casa. Y como no me espanta la labor, por penosa que sea, y como amaba locamente a mi familia, bien puedo asegurar que era feliz.

La mañana de que hablo no salió ninguno de la casa. Era ésta de tablones de madera, pero bien ajustados y pulidos para que el aire no lograra entrar. Por miedo de que los niños enfermasen—porque daña y enferma la humedad—la hicimos alta. Recuerdo aún con cuanto gozo la veía, cuando, al volver de mis constantes excursiones a los pueblos cercanos, donde vendía a buen precio las harinas, divisaba el esbelto cono

de su techo, las paredes pintadas de encarnado y la airosa escalera puesta al frente.

Pero... con mis recuerdos y memorias prolongo la narración y la distraigo de su objeto! Como decía, esa triste mañana no salimos. Fué necesario prender luz para almorzar, porque la bruma era muy densa y apenas nos veíamos los semblantes. Santiago—mi hijo—y yo pasamos largas horas en escribir, a la luz escasa de un mechero, las cuentas del molino, que, por ser día de fiesta, abandonamos. Apenas nos sentamos en la mesa, cuando el agua arreció. No era entonces ya la lluvia helada y menudita que chisporroteaba en el tejado. Caían chorros del cielo, y a la vez parecía que el aire espeso se iba trocando en una lámina de plomo. Margarita—mi esposa—estaba triste y asustada. Rogando a Dios que conjurase la tormenta, prendió el cirio bendito que el cura le regaló el día de Pascua. De cuando en cuando, sus amados labios se entreabrían rezando el *Magnificat*. Mi padre, por enfermo, no comió: dormía en la pieza contigua sin que los rezos ni el chubasco le inquietasen. María—mi querubín de negros ojos—no quiso separarse ni un momento del lado de la madre. La víspera había comprado una muñeca en la feria del pueblo, y la arrullaba suavemente entre sus brazos.

Al caer la tarde, la lluvia era verdaderamente torrencial.

Santiago se atrevió a salir fuera de la casa

para medir el peligro cara a cara. Al volver, me dijo algunas palabras en voz baja.

El río empezaba a desbordarse. Con efecto, a poco rato el agua que inundaba la campiña subía dos gradas en la escalera de la casa. Era preciso huir; más, ¿de qué modo? El pueblo estaba lejos, y además no podíamos marchar a la intemperie, llevando en hombros a mi anciano padre. Más cuerdo era esperar, confiando en Dios. De codos en el pretil de la ventana, sintiendo el frío penetrante de la lluvia, pasé una hora. María estaba dormida en su camita, abrazando la muñeca. El río, como un titán colérico, se revolvía en su cauce, sacando afuera un medio brazo, medio cuerpo, y rugiendo como una fiera encadenada. El clamor sordo del abismo llegaba a mis oídos como un toque de muerte. La niebla nos había ocultado en la mañana la crecida del río; pero, en aquél instante era imposible ya cerrar los ojos a la inminencia del peligro. Relinchaban los caballos en las caballerizas y los bueyes mugían en el establo. Vislumbres movedizos de acero indicaban la marcha de la inundación. Margarita azorada, lanzó un grito.

—No te asustes—le dije;— el agua ya no puede subir más.

—No hay peligro ninguno, madre mía—agregaba Santiago;— la casa es sólida y resistirá.

Pero, entre tanto, crecía el clamor inmenso de

las aguas y aumentaba el espanto de las bestias en los corrales y caballerizas.

De repente, un estruendo formidable sacudió la campiña. El agua corría con la violencia de una fiera que rompe los barrotes de su jaula.

Oímos el crugir de la madera desquebrajada, y caballos y bueyes derribando las puertas, echaron a correr por la llanura. El grueso de las aguas en el río, arrastraba cuerpos de animales y troncos descuajados y peñascos.

Ya era preciso huir; pero ¿por dónde? La inundación subía y era imposible atravesar el llano a pie. Y subía más minuto por minuto, siendo ya como una mar que se incorpora. Entonces, con martillos y tenazas, rompimos los tablones de madera.

Mi padre, mi mujer, mi hija María, todos pedían misericordia, pero sus gritos se ahogaban en el tumulto de las aguas. A fuerza de trabajos, espoleados por el instinto de conservación, logramos improvisar en corto espacio, una imperfecta balsa de madera.

Mi padre entró primero, luego mi esposa con María en los brazos, en seguida Santiago y al último yo. Y la balsa pequeña y mal unida, comenzó a caminar sobre las aguas. Y sin decir una palabra sola, nos acercamos los unos a los otros, como si así quisiéramos impedir que la muerte nos separase. Yo contemplaba el río y decía en mi interior:—¡Infame! ¡Infame!—En sus ribe-

ras, fértiles y amenas, hablé por primera vez con Margarita. Entonces sus rumores cadenciosos acompañaban mis conversaciones. Pero en aquel minuto de pavor, era el vil asesino que se erguía para hundirme en el pecho un puñal!

Aumentaba la fuerza de las aguas. A cada instante creíamos ver la luz de un bote o la hoguera encendida en la azotea de alguna casa. ¿Nos acercábamos al pueblo o nos alejábamos de él? ¡Imposible saberlo! La obscuridad era absoluta. Y así pasamos cuatro o cinco horas esperandó el socorro que no venía por parte alguna. Poco a poco el río se iba apoderando de nosotros. La corriente de las aguas nos arrastraba a él sin que hubiera camino de evitarlo. Y de improviso un recio tronco chocó con nuestra balsa y todos nos hundimos en el agua!.....

El mismo choque me arrojó fuera del río a los terrenos inundados. Allí pude nadar con mi hija en hombros. Pero, ¿y mi padre? ¿y Margarita? ¿y Santiago? ¡Todos arrebatados por la avenida! ¡Todos perdidos sin remedio! ¡Infame! ¡Infame! No sé cuántas horas duró mi brega con el abismo. Amaneció. Gentes del pueblo me recogieron con mi hija en un bote de pescadores. Estábamos en salvo; pero ¡ay! mi padre, mi mujer y Santiago dormían bajo el sudario de las aguas. Mi casa y mi molino desplomados, sepultaron con ellos mi fortuna. Sólo María salvó de aquel desastre la muñeca que el día anterior había comprado.

HISTORIA DE UN PESO FALSO.

PARECIA bueno! ¡Limpio, muy cepilladito, con su águila a guisa de alfiler de corbata, y caminando siempre por el lado de la sombra, para dejar al sol la otra acera! No tenía mala cara el muy bellaco y el que sólo de vista lo hubiera conocido no habría vacilado en fiarle cuatro pesetas. Pero.....crean Uds. en las canas blancas y en la plata que brilla! Aquel peso era un peso teñido: su cabello era castaño, de cobre, y él por coquetería, porque le dijeran «es Ud. muy Luis XIV» se lo había empolvado.

Porsupuesto, era de padres desconocidos. ¡Estos pobrecitos pesos siempre son expósitos! A mí me inspiran mucha lástima y de buen grado los recogería; pero mi casa, es decir, la casa de ellos, el bolsillo de mi chaleco, está vacío, desamueblado, lleno de aire, y por esto no puede recibirlos. Cuando alguno me cae, procuro colocarlo en una cantina, en una tienda, en la contaduría

del teatro; pero hoy están las colocaciones por las nubes y casi siempre se queda en la calle el pobre peso.

No pasó lo mismo, sin embargo, con aquel de la buena facha, de la sonrisa bonachona, y del águila que parecía de verdad. Yo no sé en donde me lo dieron; pero sí estoy cierto de cual es la casa de comercio en donde tuve la fortuna de colarlo, gracias al buen corazón y a la mala vista del respetable comerciante cuyo nombre callo por no ofender la cristiana modestia de tan excelente sujeto y por aquello de que hasta la mano izquierda debe ignorar el bien que hizo la derecha.

Ello es que, como un beneficio no se pierde nunca, y como Dios recompensa a los caritativos, el generoso padre putativo de mi peso falso no tardó mucho en hallar a otro caballero que consintiera en hacerse cargo de la criatura. Cuentan las malas lenguas que este rasgo filantrópico no fué del todo puro; parece que el nuevo protector de mi peso (y téngase entendido que el comerciante a quien yo encomendé la crianza y educación del pobre expósito era un cantinero) no se dió cuenta exacta de que iba a hacer una obra de misericordia, en razón de que repetidas libaciones habían oscurecido un tanto cuanto su vista y entorpecido su tacto. Pero, sea porque aquel hombre poseía un noble corazón, sea porque el cognac predispone a la benevolencia, el caso es que mi hombre recibió el peso falso, no con los brazos

abiertos, pero sí tendiéndole la diestra, Dió un billete de a cinco duros, devolióle cuatro el cantinero, y entre esos cuatro, como amigo pobre en compañía de ricos, iba mi peso.

Pero ¡Vean Uds. como los pobres somos buenos y como Dios nos ha adornado con la virtud de los perros: la fidelidad! Los cuatro capitalistas, los cuatro pesos de plata, los aristócratas, siguieron de parranda. ¡Es indudable que la aristocracia está muy corrompida! Éste se quedó en una cantina; ése, en la Concordia, aquél en la contaduría del teatro. . . . ¡Sólo el peso falso, el pobreton, el de la clase media, el que no era centavo ni tampoco persona decente, siguió acompañando a su generoso protector como Cordelia acompañó al rey Lear. En la Concordia fué donde lo conocieron; allí le echaron en cara su pobreza y no le quisieron fiar ni servir nada. La última moneda buena se escapó entonces con el mozo, (no es bueno que una señorita bien nacida se fugue con algún pinche de cocina) y allí quedó el pobre peso, el que no tenía ni un real, pero sí un corazón que no estaba todavía metalizado, acompañando al amparador de su orfandad, en la tristeza, en el abandono, en la miseria. . . . ¡Lo mismo que Cordelia al lado del rey Lear!

¡De veras enternecen estos pesos falsos! Mientras los llamados buenos, los de alta alcurnia, los nacidos en la opulenta casa de Moneda, llevan mala vida y van pasando de mano en mano como

los periodistas venales, como los políticos tráfugas, como las mujeres coquetas; mientras estos viciosos impenitentes trasnochaban en las fondas, compran la virtud de las doncellas y desdeñan al menosteroso para irse con los ricos: el peso falso busca al pobre, y no lo abandona a pesar del mal trato que éste le da siempre; no sale; se está en su casa encerradito; no compra nada; y espera, como solo premio de virtudes tan excelsas, el martirio; la ingratitud del hombre; ser aprehendido, en fin de cuentas, por el gendarme sin entrañas o morir clavado en la madera de algún mostrador como murió San Dimas en la cruz. ¡Pobres pesos falsos! A mí me parten el alma cuando los veo en manos de otros.

El de mi cuento, sin embargo, había empezado bien su vida. ¡Dios lo protegía por guapo, sí, por bueno, a pesar de que no creyera el escéptico mesero de la Concordia en tal bondad; por sencillo, por inocente, por honrado. A mí no me robó nada; al cantinero tampoco, y al caballero que le sacó de la cantina, en donde no estaba a gusto porque los pesos falsos son muy sobrios, le recompensó la buena obra, dándole una hermosa ilusión; la ilusión de que contaba con un peso todavía.

Y no sólo hizo eso ¡ya verán ustedes lo que hizo!

El caballero se quedó en la fonda meditabundo y triste, ante la taza de té, la copa de Burdeos,

ya sin Burdeos, y el mesero que estaba parado enfrente de él como un signo de interrogación. Aquella situación no podía prolongarse. Cuando está alguien a solas con una inocente moneda falsa, se avergüenza como si estuviera con una mujer perdida; quiere que no lo vean, pasar de incógnito, que ningún amigo lo sorprenda Porque serán muy buenas las monedas falsas ¡pero la gente no lo quiere creer!

Yo mismo, en las primeras líneas de este cuento, cuando aún no había encontrado un padre putativo para el peso falso, lo llamé bellaco. Tan imperioso es el poder del vulgo!

Todavía al caballero, en un momento de mal humor que no disculpo en él, pero que en mí había disculpado, luego que quitaron los manteles de la mesa golpeó el peso contra el mármol, como diciéndole: ¡A ver, malvado, si de veras no tienes corazón!—¡Y vaya si tenía corazón! lo que no tenía el infelz era dinero!

El caballero quedó meditabundo por largo rato. ¿Quién le había dado aquel peso? Los recuerdos andaban todavía por su memoria, como indecisos, como distraídos, como soñolientos. Pero no cabía duda: el peso era falso! Y lo que es peor, era el último!

Su dueño, entonces, se puso a hacer, no para uso propio, todo un tratado de moral.

—La verdad es—se decía—que yo soy un baulaque. Esta tarde recibí en la oficina un bille-

te de a veinte. Me parece estarlo viendo.....
Londres, México.....el águila.....Don Benito
Juárez.....y una cara de perro ¿A dónde está
el billete?

En los zarzales de la vida deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana; el hombre su virtud!

Y lo malo es que mi mujer esperaba esos vein-
te. Yo iba a darle quince..... pero ¿de dónde co-
jo ahora esos quince?

El caballero volvió a arrojar con ira el peso fal-
so sobre el mármol de la mesa. ¡Por poco no se le
rompió al infortunado el águila, el alfiler de la cor-
bata! La única ventaja con que cuentan los pesos
falsos es la de que no podemos estrellarlos con-
tra una esquina.

¡A la calle. La Esmeralda, que ya no baila so-
bre tapiz oriental ni toca donairosamente su pan-
dero; la pobre Esmeralda que está ahora emplea-
da en la esquina de Plateros y que, como los an-
tiguos *serenos*, dá las horas, mostró a nuestro hé-
roe su reloj iluminado: eran las doce de la noche.

A tal hora, no hay dinero en la calle. ¡Y era
preciso volver a casa!

—Le daré a mi mujer el peso falso para el de-
sayuno, y mañana..... veremos. Pero nó! Ella
los suena en el buró y así es seguro que no me
escapo de la riña. ¡Maldita suerte.....!

El pobre peso sufría en silencio los insultos y

araños de su padre putativo, escondido en lo más
oscuro del bolsillo. Solo, tristemente solo!

El caballero pasó frente a un garito. ¿Entra-
ría? Puede ser que estuviera en él algún amigo.
Además, allí lo conocían.....hasta le cobraban
de cuando en cuando sus quincenas..... Cuando
menos podrían abrirle crédito por cinco duros...
..... Volvió la vista atrás y entró de prisa como
quien se arroja a la alberca.

El amigo cajero no estaba de guardia aquella
noche; pero probablemente volvería a la una. El
caballero se paró junto a la mesa de la ruleta. No
sé qué encanto tiene esa bolita de marfil que co-
rre, brinca, ríe y da o quita dinero; pero ¡es tan
chiquitina! ¡es tan mona! ¡Se parece a Luisa Théo!
Los pesos en columnas, se apercebían a la batalla
formada en los casilleros del tapete verde. ¡Y es-
taba cierto nuestro hombre de que iba a salir el
32! ¡Lo había visto! ¿Pondría el peso falso.....?
La verdad es que aquello no era muy correcto....

..... Pero, al cabo, en esa casa lo conocían..... y
..... ¡cómo habían de sospechar.....!

Con la mano algo trémula abrió la cartera co-
mo buscando algún billete de banco, (que por su-
puesto no estaba en casa) volvió a cerrarla, y sa-
có el peso, y resueltamente, con ademán de gran
señor, lo puso al 32. El corazón le saltaba más que
la bola de marfil en la ruleta. Pero vean ustedes
lo que son las cosas! Los buenos mozos tienen
mucho adelantado Hay hombres que llegan

a ministros extranjeros, a ricos, a poetas, a sabios, nada más porque son buenos mozos. Y el peso aquel—ya lo había dicho—era todo un buen mozo. . . . un buen mozo bien vestido

—¡TREINTA Y DOS COLORADO!

La bola de marfil y el corazón del jugador se pararon, como el reloj cuya rueda se rompe. ¡Había ganado! Pero. . . . ¿y si lo conocían. . . . ? ¡No a él. . . . al otro. . . . al falso!

Nuestro amigo (porque ya debe ser amigo nuestro este hijo mimado de la dicha) tuvo un rasgo de genio. Recogió su peso desdefiosamente y dijo al que regenteaba la ruleta:

—Quiero en papel los otros treinta y cinco.

¡No lo habían tocado! . . . No lo habían conocido. Pagó el monte. Uno de veinte. . . . ¡uno de diez. . . . y otro color de chocolate, con la figura de una mujer en camisón y que está descansando de leer, separada por estas dos palabras: *Cinco Pesos*, del retrato de una muchacha muy linda, a quien el mal gusto del grabador le puso un águila y una vívora en el pecho. El de a diez y el color de chocolate eran para la señora que sueña los pesos en la tapa del buró. El de a veinte, el de Juárez, el patriótico, era para nuestro amigo. . . . era el que al día siguiente se convertiría en copas, en costilla a la milanesa, y, por remate, en un triste y desconsolado peso falso!

¡Qué afortunados son los pesos falsos y los hombres pícaros!

Los que estaban alrededor del tapete verde hacían lado al dichoso *punto* para que entrase en el ruedo y se sentara. Pero, dicho sea en honra de nuestro buen amigo, él fué prudente, tuvo fuerza de ánimo, y volvió la espalda a la traidora mesa. Volvería, sí, volvería a dejar en ella su futura quincena: o propiamente hablando, el futuro imperfecto de su quincena, pero lo que es en aquella noche se entregaba a las delicias y los pellizcos del hogar.

Cuando se sintió en la calle con su honrado, su generoso peso falso, que había sido tan bueno; y con el retrato de Juárez, con el busto de un perro, y con el grabado que representa a una señora en camisón, rebosaba alegría nuestro querido amigo. Ya era tan bueno como el peso falso, aquel honrado e inteligente caballero. Habría prestado un duro a cualquier amigo pobre; habría repartido algunos reales entre los pordioseros; caminando aprisa, aprisa por las calles, pensaba en su pobrecita mujer, que es tan buena persona y que lo estaría esperando. . . . para que le diera el gasto.

Puis, l'époux volage

Rentrant au logis,

Pour paraître sage

Prend des airs contrits

Il pense a sa femme

—Seul dans son lit—

Et de chez madame
 Un galan s'enfuit....!
 Voici l'aube vermeille,
 Etc.

Esto cantan en una opereta que se estrenó en París a fines del mes pasado y que se llama *El Huevo Rojo*; pero esto no lo tarareaba siquiera nuestro predilecto amigo, porque no lo sabía.

Al torcer una esquina, tropezó con cierto muchachito que voceaba periódicos y a quien llamaban el *inglés*. Y parecía inglés en verdad, porque era muy blanco, muy rubio y hasta habría sido bonito con no ser tan pobre. Por supuesto, no conocía a su padre.... era uno de tantos pesos falsos humanos, de esos que circulan subrepticamente por el mundo y que ninguno sabe en donde fueron acuñados. Pero a la madre, ¡sí la conocía! Los demás decían que era mala. Él creía que era buena. Le pegaba. ¡Ese sería su modo de acariciar! También cuando no se come, es imposible estar de buen humor. Y muchas veces aquella desgraciada no comía. Sobre todo, era la madre: lo que no se tiene más que una vez! lo que vive poco; la madre que, aunque sea mala, es buena a ratos, aquella en cuya boca no suena el *tú* como un insulto... la madre, en suma... ¡nada más la madre! Y como aquel niño tenía en las venas sangre buena—sangre colorida con vino, sangre empobrecida en las noches de orgía, pero

sangre, en fin, de hombres que pensaron y sintieron hace muchos años—amaba mucho a la mamá.... y a la hermanita, la que vendía billetes.... a esa que llamaban la *francesa*.

La madre, para él, era muy buena; pero le pegaba, cuando no podía llevarle el pobre una peseta. Y aquella noche—¡la del peso falso!—estaba el chiquitín con el *Nacional*, con el *Tiempo de mañana*, pero sin un centavo en el bolsillo de su desgarrado pantalón. ¡No compraba periódicos la gente! Y no se atrevía a volver a su accesoria, no por miedo a los golpes, sino por no afligir a la mamá.

Tan pálido, tan triste lo vió el afortunado jugador, que quiso, realmente quiso, darle una limosna. Tal vez le habría comprado todos los periódicos, porque así son los jugadores cuando ganan. Pero dar cinco pesos a un perillán de esa ralea era demasiado. Y el jugador había recibido los treinta y cinco billetes. No le quedaba más que el peso falso.

Ocurriósele entonces una travesura: hacer bobo al muchacho.

—Toma *inglés* para tus *hojas* con catalán, anda! Emborráchate. ¡Y allá fué el peso falso!

Y nó, el muchacho no creyó que lo habrían engañado. Tenía aquel señor tan buena cara como el peso falso. ¡Qué bueno era! Si hubiera recibido esa moneda para devolver siete reales y medio, cobrando el *Nacional* o el *Tiempo de mañana*,

la habría sonado en las losas del zaguán, cuyo umbral le servía casi de lecho; habría preguntado si era bueno o no al abarrotero que aun tenía abierta su tienda. Pero ¡de limosna! ¡Brillaba tanto en la noche! ¡Brillaba tanto para su alma hambrienta de dar algo a la mamá y a la hermanita! ¡Qué buen señor... Habría ganado un premio en la lotería.... sería muy rico.... Quién sabe....

¡Qué buen señor era el del peso falso!

Le había dicho:—Anda, vé y emborráchate!... Pero así dicen todos.

Recogió el arrapiezo los periódicos, y corriendo como si hubiera comido, como si tuviera fuerzas, fué hasta muy lejos, hasta la puerta de su casa. No le abrieron. La viejecita (la llamó viejecita, aunque aporreara a ese muchacho, porque, al cabo era infeliz, era padre, era madre) se había dormido cansada de aguardar al *inglesito*. Pero ¿qué le importaba a él dormir en la calle? ¡Si lo mismo pasaba muchas noches! Y al día siguiente no lo azotarían....! Llegaba rico....! con un peso!

¡Ay, cuántas, cuántas cosas tiene adentro un peso para el pobre!

Allí, en el zaguán, encogido como un gatito blanco, se quedó el muchacho dormido. Dormido, sí; pero apretando con los dedos de la mano derecha, que es la más segura, aquel sol, aquella águila, aquel sueño! Durmió mal, no por la du-

reza del colchón de piedra, no por el frío, no por el aire, porque a eso estaba acostumbrado, pero sí porque estaba muy alegre y tenía mucho miedo de que aquel pájaro de plata se volara. ¿Cree-rán ustedes que ese muchacho jamás había tenido un peso suyo? Pues así hay muchísimos.

Además, el *inglesito* quería soñar despierto, hablar en voz alta con sus ilusiones.

Primero, el desayuno.... Bueno, un real para los tres! Pero los pesos tienen muchos centavos, y hacía tiempo que el *inglesito* tenía ganas de tomar un tamal con su *champurrado*. Bueno, real y tlaco. Quedaba mucho, mucho dinero.... No, él no diría que tenía un peso.... Aunque le daban tentaciones muy fuertes de enseñarlo, de lucirlo, de poseerlo, de sonárselo, como si fuera una sonaja, a la hermanita, de que lo viera la mamá y pensara: «Ya puedo descansar porque mi hijo me mantiene». Pero en viéndolo, en tomándolo, la mamá compraría un real de tequila. Y el muchacho tenía un proyecto atrevido: gastar un real, que iba a ser de tequila, en un billete. Y, sobre todo, recordaba el granuja que debía unos tlacos en la panadería, otros en la tienda.... y era imposible que la mamá los pagara si él le diera el peso. ¡Reales menos!

No! Era más urgente comprar manta para que la hermanita se hiciera una camisa. ¡La pobrecilla se quejaba tantísimo del frío.... Decididamente, a la mamá cuatro reales, un tostón.... y

los otros cuatro reales para él, es decir, para el *tamal*, para el billete para la manta... y quién sabe para cuántas cosas más! ¡Puede ser que alcanzara hasta para ir al circo!

¿Y si ganaba \$300 en la lotería con ese real? ¡Trescientos pesos! ¡No se han de acabar nunca! Esos tendría el señor que le dió el peso.

* * *

Vino la luz, es decir, ya estaba para llegar, cuando el muchacho se puso en pié. Barrían la calle... Pasaron unas burras con los botes de hojalata, en que de las haciendas próximas viene la leche... Luego pasaron las vacas... En Santa Teresa llamaban a misa... ¡Jaletinas!—gritó una voz árpera.

El rapazuelo no quiso todavía entrar a su casa. Necesitaba cambiar el peso. Llegaría tarde, a las seis, a las siete; pero con un tostón para la madre, con manta, con un bizcocho para la francesa y con un tamal en el estómago. Iba a esperar a que abrieran cierto tendajo, en el que vendían todo lo más hermoso, todo lo más útil, todo lo más apetecible para él: velas, indianas, santos de barro, madejas de seda, cohetes, soldaditos de plomo, caramelos, pan, estampas, títeres...

Fué paso a paso, porque todavía era muy temprano. Ya había aclarado. Pasó por San Juan de Letrán. De la pensión de caballos salía una her-

mosa yegua con albardón de cuero amarillo y llevada de la brida por el mozo de su dueño, alemán prabablemente. Frente a la imprenta del «Monitor» y casi echados en las baldosas de la acera, hombres y chicuelos doblaban los periódicos todavía húmedos. Muchos de esos chicos eran amigos de él, y el primer impulso que sintió fué el de ir a hablarles, enseñarles el peso... Pero ¿y si se lo quitaban? El cojo, sobre todo, el cojo era algo malo!

De modo que el pillín siguió de largo.

Ya el tendajo estaba abierto. Y lo primero, por de contado, fué el tamal... y no fué uno, fueron dos; ¡al fin estaba rico! Y tras los tamales, un bizcocho de harina y huevo, un rico bollo que sabía a gloria. Querían cobrarle adelantado; pero él enseñó el peso con majestuosa dignidad.

—Ahora que compre manta, cambiaré. Y pidió dos varas de manta; compró un granadero de barro que valía quartilla y al que tuvo la desdicha de perder en su más temprana edad, porque al cogerlo con la mano convulsa de emoción, se le cayó al suelo; le envolvieron la manta en un papel de estraza, y él, con orgullo, con el ademán de un soberano, arrojó por el aire el limpio peso, que al caer en el zinc del mostrador, dió un grito de franqueza, uno de esos gritos que se escapan en los melodramas, al traidor, al asesino, al verdadero delincuente. El español había oído... y atrapó al chiquitín por el pescuezo.

—¡Ladroncillo! ¡Ladrón....! ¡Vas a pagármelas!

.....
 ¿Qué pasó? El muñeco roto, hecho pedazos, en el suelo.... la india que gritaba.... el gachupín estrujando al pobre chico.... la madre, la hermanita, la francesita allá muy lejos.... más lejos todavía las ilusiones.... ¡y el gendarme muy cerca!

Una comisaría.... un herido.... un borracho.... gentes que le vieron mala cara.... hombres que lo acusaron de haber robado pañuelos; ¡a él, que se secaba las lágrimas con la camisa! Y luego la Correccional.... el jorobadito que lo enseñó a hacer malas cosas.... y afuera la madre que murió en el hospital, de diarrea alcohólica... y la hermanita, la francesa, a quien porque no vendía muchos billetes la compraron, y a poco, la pobrecilla se murió.

¡Señor! Tú que trocaste el agua en vino; Tú que hiciste santo al ladrón Dimas; ¿por qué no te dignaste convertir en bueno el peso falso de ese niño? ¿Por qué en manos del jugador fué peso bueno, y en manos del desvalido fué un delito? Tú no eres como la esperanza, como el amor, como la vida, peso falso. Tú eres bueno. Te llamas caridad. Tú que cegaste a Saulo en el camino de Damasco, ¿por qué no cegaste al español de aquella tienda?

LA NOVELA DEL TRANVIA

CUANDO la tarde se oscurece y los paraguas se abren, como redondas alas de murciélago, lo mejor que el desocupado puede hacer es subir al primer tranvía que encuentre al paso y recorrer las calles, como el anciano Víctor Hugo las recorre sentado en la imperial de algún ómnibus. El movimiento disipa un tanto cuanto la tristeza, y para el observador nada hay más peregrino ni más curioso que la serie de cuadros vivos que pueden examinarse en un tranvía. A cada paso, el wagón se detiene, y abriéndose camino entre los pasajeros que se amontonan y se apiñan, pasa un paraguas chorreando a Dios dar, y detrás del paraguas la figura ridícula de algún asendereado cobrador, calado hasta los huesos. Los pasajeros ondulan y se dividen en dos grupos compactos, para dejar paso expedito al recién llegado.

Así se dividieron las aguas del Mar Rojo para que los israelistas lo atrevesaran a pie enjuto. El

paraguas escurre sobre el entarimado del wagón que, a poco, se convierte en un lago navegable. El cobrador sacude su sombrero y un benéfico rocío baña las caras de los circunstantes, como si hubiera atrevesado por enmedio del wagón un sacerdote repartiendo bendiciones a hisopazos. Algunos caballeros estornudan. Las señoras de alguna edad levantan su enagua a una altura vertiginosa, para que el fango de aquel pantano portátil no la manche. En la calle, la lluvia cae conforme a las eternas reglas del sistema antiguo: de arriba para abajo. Más en el wagón hay lluvia ascendente y lluvia descendente. Se está, con toda verdad, entre dos aguas.

Yo, sin embargo, paso las horas agradablemente encajonado en esa miniaturesca arca de Noé, sacanpo la cabeza por el ventanillo, no en espera de la paloma que ha de traer un ramo de oliva en el pico, sino para observar el delicioso cuadro que la ciudad presenta en ese instante. El wagón, además, me lleva a mundos desconocidos y a regiones vírgenes. No, la ciudad de México no empieza en el Palacio Nacional, ni acaba en la calzada de la Reforma. Yo doy a ustedes mi palabra de que la ciudad es mucho mayor. Es una gran tortuga que extiende hacia los cuatro puntos cardinales sus patas dislocadas. Esas patas son sucias y velludas. Los ayuntamientos, con paternal solicitud, cuidan de pintarlas con jodo mensualmente.

Más allá de la peluquería de Micoló, hay un pueblo que habita barrios extravagantes, cuyos nombres son esencialmente antiaperitivos. Hay hombres muy honrados que viven en la plazuela del Tequisquite y señoras de invencible virtud cuya casa está situada en el callejón de Salsipuedes. No es verdad que los indios bárbaros estén acampados en esas calles exóticas, ni es tampoco cierto que los pieles rojas hagan frecuentes excursiones a la plazuela de Regina. La mano providente de la policía ha colocado un gendarme en cada esquina. Las casas de esos barrios no están hechas de lodo ni tapizadas por adentro de pieles sin curtir. Son casas habitables, con escalera y todo. En ellas viven muy discretos caballeros, y señoras muy respetables y señoritas muy lindas. Estas señoritas suelen tener novios, como las que tienen balcón y cara a la calle en el centro de la ciudad.

* * *

Después de examinar ligeramente las torcidas líneas y la cadena de montañas del nuevo mundo porque atravesaba, volví los ojos al interior del wagón. Un viejo de levita color de almendra meditaba apoyado en el puño de su paraguas. No se había rasurado. La barba le crecía «cual ponzoñosa yerba entre arenales». Probablemente no tenía en su casa navajas de afeitar... ni una pese.

ta. Su levita necesitaba aceite de bellotas. Sin embargo, la calvicie de aquella prenda respetable no era prematura, a menos que admitamos la teoría de aquel joven poeta, autor de ciertos versos cuya dedicatoria es como sigue:

*A la prematura muerte de mi abuelita,
a la edad de 90 años.*

La levita de mi vecino era ya muy mayor. En cuanto al paraguas, vale más que no entremos en dibujos. Ese paraguas, expuesto a la intemperie, debía asemejarse mucho a las banderas que los independientes sacan a luz el 15 de septiembre. Era un paraguas calado, un paraguas metafísico, propio para mojarse con decencia. Abierto el paraguas, se veía el cielo por todas partes.

¿Quién sería mi vecino? De seguro era casado y con hijas. ¿Serían bonitas? La existencia de esas desventuradas criaturas, me parecía indisputable. Bastaba ver aquella levita calva, por la que habían pasado las cerdas de un cepillo, y aquel hermoso pantalón con su coqueto remiendo en la rodilla, para convencerse de que aquel hombre tenía hijas. Nada más las mujeres, y las mujeres de quince años, saben cepillar de esa manera. Las señoras casadas ya no se cuidan, cuando están en la desgracia, de esas delicadezas y finuras. Incuestionablemente, ese caballero tenía hijas.

¡Pobrecitas! Probablemente le esperaban en la ventana, más enamoradas que nunca, porque no habían almorzado todavía. Yo saqué mi reloj, y dije para mis adentros:—son las cuatro de la tarde. ¡Pobrecillas! ¡Va a darles un vahido! Tengo la certidumbre de que son bonitas. El papá es blanco y si estuviera rasurado no sería tan feote. Además, han de ser buenas muchachas. Este señor tiene toda la facha de un buen hombre. Me da pena que esas chiquillas tengan hambre. No habrá en la casa nada que empeñar. ¡Cómo los alquileres han subido tanto! ¡Tal vez no tuvieron con qué pagar la casa, y el propietario les embargó los muebles! ¡Mala alma! ¡Si estos propietarios son peores que Caín!

Nada; no hay para qué darle más vueltas al asunto: la gente pobre decente es la peor traída y la peor llevada. Estas niñas son de buena familia. No están acostumbradas a pedir. Cocen ajeno; pero las máquinas han arruinado a las infelices costureras y lo único que consiguen, a costa de faenas y trabajos, es ropa de munición. Pasan el día echando los pulmones por la boca. Y luego, como se alimentan mal y tienen muchas penas, andan algo enfermitas, y el Doctor asegura que, si Dios no lo remedia, se van a la caída de las hojas. Necesitan carne, vino, píldoras de fierro y aceite de bacalao. Pero, ¿con qué se compra todo esto? El buen señor se quedó cesante desde que cayó el Imperio, y el único hijo que habría podido ser

su apoyo, tiene rotas las dos piernas. No hay trabajo, todo está muy caro, y los amigos llegan a cansarse de ayudar al desvalido. ¡Si las niñas se casaran!... Probablemente no carecerán de admiradores. Pero como las pobrecitas son muy decentes y nacieron en buenos pañales, no pueden prendarse de los ganapanes ni de los pollos de plazuela. Están enamoradas sin saber de quién, y aguardan la venida del Mesías. ¡Si yo me casara con alguna de ellas!... ¿Por qué no? Después de todo, en esa clase suelen encontrarse las mujeres que dan la felicidad. Respecto a las otras, ya sé bien a qué atenerme.

¡Me han costado tantos disgustos! Nada, lo mejor es buscar una de esas chiquillas pobres y decentes, que no están acostumbradas a tener palco en el teatro ni carruajes, ni cuenta abierta en la Sorpresa. Si es joven, yo la educaré a mi gusto. Le pondré un maestro de piano. ¿Qué cosa es la felicidad? Un poquito de amor, un poquito de salud y un poquito de dinero. Con lo que yo gano, podemos mantenernos ella y yo, y hasta el angelito que Dios nos mande. Nos amaremos mucho, y como la voy a sujetar a un régimen higiénico, se pondrá en poco tiempo más fresca que una rosa. Por la mañana, un paseo a pie en el Bosque. Iremos en un coche de a cuatro reales hora, o en los trenes. Después, en la comida, mucha carne, mucho vino y mucho fierro. Con eso y con tener una casita por San Cosme; con

que ella se vista de blanco, de azul o de color de rosa; con el piano, los libros, las macetas y los pájaros, ya no tendré nada que desear.

Una heredad en el bosque;

Una casa en la heredad;

En la casa pan y amor...

¡Jesús, qué felicidad!

Además, ya es preciso que me case. Esta situación no puede prolongarse, como dice el gran duque en la «Guerra Santa.» Aquí tengo una trenza de pelo que me ha costado cuatrocientos setenta y cuatro pesos, con un pico de centavos. Yo no sé de dónde los he sacado: el hecho es que los tuve y no los tengo. Nada; me caso decididamente con una de las hijas de este buen señor. Así las saco de penas y me pongo en orden. ¿Con cuál me caso? ¿con la rubia? ¿con la morena? Será mejor con la rubia... digo, no, con la morena. En fin, ya veremos. ¡Pobrecillas! ¿Tendrán hambre?

En esto, el buen señor se apea del coche y se va. Si no lloviera tanto—continué diciendo para mis adentros—le seguía. La verdad es que mi suegro, visto a cierta distancia, tiene una facha muy ridícula. ¿Qué diría, si me viera de bracero con él, la señora de Z? Su sombrero alto parece espejo. ¡Pobre hombre! ¿Por qué no le inspiraría confianza? Si me hubiera pedido algo, yo le

hubiera dado con mucho gusto estos tres duros. Es persona decente. ¿Habrán comido esas chiquillas?

* * *

En el asiento que antes ocupaba el cesante, descansa ahora una matrona de treinta años. No tiene malos ojos; sus labios son gruesos y encarnados: parece que los acaban de morder. Hay en todo su cuerpo bastantes redondeces y ningún ángulo agudo. Tiene la frente chica, lo cual me agrada porque es indicio de tontera; el pelo negro, la tez morena y todo lo demás bastante presentable. ¿Quién será? Ya la he visto en el mismo lugar y a la misma hora dos . . . cuatro . . . cinco . . . siete veces. Siempre baja del wagón en la plazuela de Loreto y entra a la iglesia. Sin embargo, no tiene cara de mujer devota. No lleva libro ni rosario. Además, cuando llueve a cántaros, como está lloviendo ahora, nadie va a novenarios ni sermones. Estoy seguro de que esa dama lee más las novelas de Gustavo Droz que el «Menosprecio del Mundo» del padre Kempis; tiene una mirada que, si hablara, sería un grito pidiendo bomberos. Viene cubierta con un velo negro. De esa manera libra su rostro de la lluvia. Hace bien. Si el agua cae en sus mejillas, se evapora chirriando, como si hubiera caído sobre un hierro candente. Esa mujer es como las papas:

no se fíen ustedes aunque las vean tan frescas en el agua: queman la lengua.

La señora de treinta años no va indudablemente al novenario. ¿A dónde va? Con un tiempo como éste, nadie sale de su casa si no es por una grave urgencia. ¿Estará enferma la mamá de esta señora? En mi opinión, esta hipótesis es falsa. La señora de treinta años no tiene madre. La iglesia de Loreto no es una casa particular ni un hospital. Allí no viven ni los sacristanes. Tenemos, pues, que recurrir a otras hipótesis. Es un hecho constante, confirmado por la experiencia, que a la puerta del templo, siempre que la señora baja del wagón, espera un coche. Si el coche fuera de ella, vendría en él desde su casa. Esto no tiene vuelta de hoja. Pertenece, por consiguiente a otra persona. Ahora bien; ¿hay acaso alguna sociedad de seguros contra la lluvia o cosa parecida, cuyos miembros paguen coche a la puerta de todas las iglesias para que los feligreses no se mojen? Claro es que no. La única explicación de estos viajes en tranvía y de estos rezos, a hora inusitada, es la existencia de un amante. ¿Quién será el marido?

Debe de ser un hombre acaudalado. La señora viste bien, y si no sale en carruaje para este género de entrevistas es por no dar en qué decir. Sin embargo, yo no me atrevería a prestarle cincuenta pesos bajo su palabra. Bien puede ser que gaste más de lo que tenga, o que sea como cierto

amigo mío, personaje muy quieto y muy tranquilo, que me decía hace pocas noches:

—Mi mujer tiene para el juego una fortuna prodigiosa. Cada mes saca de la lotería quinientos pesos. ¡Fijo!— Yo quise referirle alguna anécdota, atribuida a un administrador muy conocido de cierta aduana marítima. Al encargarse de ella dijo a los empleados:

—Señores: aquí se prohíbe ganar a la lotería. Al primero que se la saque lo echo a puntapiés!

¿Ganará esta señora a la lotería? Si su marido es pobre, debe haberle dicho que esos pendientes que ahora lleva son falsos. El pobre señor no será joyero. En materia de alhajas, sólo conocerá a su mujer que es una buena alhaja. Por consiguiente, la habrá creído. ¡Desgraciado! ¡qué tranquilo estará en su casa! ¿Será viejo? Yo debo conocerle.... ¡Ah!.... ¡sí!.... ¡es aquel! No; no puede ser; la esposa de ese caballero murió cuando el último cólera. ¡Es el otro! ¡Tampoco! Pero ¿a mí qué me importa quién sea?

¿La seguiré? Siempre conviene poseer un secreto de mujer. Veremos, si es posible, al incógnito amante. ¿Tendrá hijos esta mujer? Parece que sí. ¡Infame! Mañana se avergonzarán de ella. Tal vez alguno la niegue. Ese será un horrible crimen, pero un crimen justo. Bien está; que mancille, que pise, que escupa la honra de ese desgraciado que probablemente la adora.

Es una traición; es una villanía. Pero, al fin,

ese hombre puede matarla, sin que nadie le culpe ni le condene. Puede mandar a sus criados que la arrojen a latigazos, y puede hacer pedazos al amante. Pero sus hijos ¡pobres seres indefensos! Nada pueden. La madre los abandona para ir a traerles su porción de vergüenza y deshonra. Los vende por un puñado de placeres, como Judas a Cristo por un puñado de monedas. Ahora duermen, sonríen, todo lo ignoran; están abandonados a manos mercenarias; van empezando a desamorarse de la madre, que no los ve, ni los educa, ni los mima. Mañana esos chicuelos serán hombres, y esas niñas mujeres. Ellos sabrán que su madre fué una aventurera y sentirán vergüenza. Ellas querrán amar y ser amadas; pero los hombres que creen en la tradición del pecado y en el heredismo, las buscarán para perderlas y no querrán darles su nombre, por miedo de que lo prostituyan y lo afrenten.

Y todo eso será obra tuya. Estoy tentado de ir en busca de su esposo y traerle a este sitio. Ya adivino cómo es la alcoba en que te aguarda. Pequeña, cubierta toda de tapices, con cuatro grandes jarras de alabastro, sosteniendo ricas plantas exóticas. Antes había dos grandes lunas en los muros; pero tu amante, más delicado que tú, las quitó. Un espejo es un juez y es un testigo. La mujer que recibe a su amante, viéndose al espejo, es ya la mujer abofeteada de la calle.

Pues bien; cuando tú estés en esa tibia alcoba

y tu amante caliente con sus manos tus plantas entumecidas por la humedad, tu esposo y yo entramos sigilosamente, y un brusco golpe te echará por tierra, mientras detengo yo la mano de tu cómplice. Hay besos que se empiezan en la tierra y se acaban en el infierno.

Un sudor frío bañaba mi rostro. Afortunadamente habíamos llegado a la plazuela de Loreto, y mi vecina se apeó del wagon. Yo ví su traje; no tenía ninguna mancha de sangre. Nada había pasado: después de todo, ¿qué me importa que esta señora se la pegue a su marido? ¿Es mi amigo acaso? Ella sí que es una real moza. A fuerza de encontrarnos somos casi amigos. Ya la saludo.

Allí está el coche; ella entra en la iglesia; ¡qué tranquilo debe estar su marido! Yo sigo en el wagon. ¡Parece que todos vamos tan contentos!

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

A CARGO

de MANUEL TOUSSAINT Y RITTER

Rafael Delgado.—LA CALANDRIA.—3ª EDICION.—
«Biblos».—(Imp. Ballezá). México, MCMXVI.

La casa editorial «Biblos» acaba de reimprimir correctamente esta popular novela de don Rafael Delgado. Adorna la edición un retrato del autor, magistralmente grabado por don Emiliano Valadez, que es lástima no esté tan bien impreso como fuera de desearse.

Respecto de la obra misma, nuestra crítica *hablada* y familiar, la que recela imprimir sus juicios en letras de molde, ha determinado su mérito en la siguiente fórmula: «Es *La Calandria* una aceptable novela; es la obra menos mala que haya surgido de pluma nacional antes de la era presente.» ¡Exiguo será el caudal de nuestra novelística de ayer, cuando no llega a contar lo que sin reticencias puede llamarse una buena novela! Porque quienes encomian la obra de Delgado recurren a cualidades secundarias como el color local—que a caso interece a los nativos de *Pluviosilla*,—como el buen estilo, el terso decir de un prudente académico; como la conformidad exacta entre los tipos de la novela y los persona-

jes de la vida real; como el mexicanismo de la obra, consistente en escoger los tipos más vulgares de las clases inferiores y reproducirlos con su imprescindible dialecto.

Pero, desengañémosnos: todo eso está muy bien, mas no basta a crear lo que hoy llamamos una novela. En el siglo de *La Rebelión de los Angeles* poco nos importa el realismo y el respeto a las tres dimensiones. Queremos una intensa visión artística, no que copie la vida, sino que rebose la vida de sí misma; queremos más personalidad en el autor: que nos dé sus propias entrañas si es preciso, en vez de un perenne subrayado trivial. Que hay muchachas bobas que abandonan a sus novios pobres por buscar más alto y caen en poder de jóvenes libertinos? ¿Qué nos interesa a nosotros? Era preciso escribir tan sin escrúpulo literario un libro para mostrarnos lo que a diario ven nuestros ojos?

Una tercera edición de *La Calandria* quizás venga a demostrar cuán lejos se agitan nuestras actuales inquietudes literarias, respecto de este discípulo de Pereda, que, con ser cien codos más alto que nuestro autor, ha entrado ya en un justo y soñoliento claudicar.

CULTURA

SELECCIÓN DE BUENOS AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS

DIRECTORES: AGUSTÍN LOERA Y CHÁVEZ.
Y JULIO TORRI

TOMO I. Núm. 4.

MAURICIO MAETERLINCK.

“EL PAJARO AZUL”

VERSION CASTELLANA DE ROBERTO BRENES MESÉN.



MEXICO.

Octubre 1º de 1916.